

Ilustración

MARÍA FARAONE

(Artista plástica argentina contemporánea)

Este es un cuadro que alienta porque revela la situación que nos aturde y que se extiende con similitudes por todo el testimonio humano. En este caso pertenece a la expresión de una raza pero puede ser reflejada en cualquier interés del poder cuando oprime a los hombres. No debe juzgarse como un estado de pesimismo al hacernos ver una realidad. En esta obra hay comprensión al desnudar circunstancias que nos angustian por su sola presencia. Al descubrir el drama, el hombre va entendiendo su propia situación. Esclarecedor ante la existencia anónima y la omnipotencia del poder.

La trama social en el arte de María Faraone está vigente con una realidad concluyente. Los tres personajes de la “La ración de comida” presentan en su actitud distintas respuestas ante el hambre, mal fundamental incomprendido de nuestro mundo. A la izquierda hay una expresión de alegría instintiva en la mujer; en el centro el protagonista desnuda indignación visceral; el de la derecha expresa profunda resignación, un estado de fe. La identidad filosófica con la marginación social presente en la obra revela la conducta con que el hombre construyó su historia.

Los hombres, cuando hablan de la paz, no advierten o quieren ignorar que ella es intrínseca a la privación de satisfacer necesidades primordiales, tal cual es el hambre. Y esta fragilidad es el acto fundamental de la incompreensión entre los hombres. El poder ha utilizado a Malthus como abanderado de sus oscuros intereses en detrimento de la justicia social. De esta cantera se aprovechó el colonialismo, dividiendo a los propios nativos para el logro de sus propósitos y llevar los conflictos a sus intereses. Ante una circunstancia fundamental, tal cual es el hambre, Faraone revela en sus personajes distintas posturas, que conspiran contra el acto del apoyo mutuo ante lo conmovedor de la escena. Siendo el hambre una fuerza, quizás la mayor, en la generación de desórdenes sociales y reivindicaciones con consecuencias inapreciables (Revolución francesa, movilizaciones migratorias actuales), esta es una temática de poca popularidad en la actividad intelectual humana. Sin embargo, estas verdades renovadas de codicia son el fundamento de las patrias. Los estandartes de fe también se camuflan. Y en nombre de los dioses esas historias diluyen sus agonías en los derrotados. El hombre deberá entender que solo sabe



“La ración de comida”

Óleo sobre cartón, 50 × 60 cm, 1999

María Faraone

de la existencia por los ojos de otro hombre y que es naturaleza defraudada por la gnosis que le asiste.

La diferente respuesta de los seres necesitados en “La ración de comida” hace ver al espectro de la reacción humana ante la presión del hambre. La conciencia presente en la obra es la auténtica revelación de la realidad que transitamos. No hay otra. Lo que llevamos en la memoria o en el deseo son inobjetable reflejos de tiempos que no nos corresponden. Y la escena impone seducción por el miedo interior, imposición de unos hombres sobre otros. Estos seres que se abalanzan con resignación, alegría e indignación entregan su libertad a la cárcel del hambre y a un poder social. Tolerancia en el famélico, intolerancia en el poder. Y el dogma lo es. Ellos siembran una discordia en la convicción ante el vencedor, el que asume la perversidad de utilizar el hambre, la supervivencia más vital del hombre.

A pesar de los sistemas y las ideas que vuelven confluyente el problema social del hombre, de su humanismo (dignidad y libertad en Heidegger), no ha habido en la historia de las civilizaciones una metamorfosis de las ideas sobre el prójimo. Siempre el hombre vuelve a vivir a expensas de su espejo. No evoluciona en su ser con el conocimiento. Se afina en la inercia favorable que le otorga el tributo del poder. En su descanso y reflexión, cuando recurre al arte y a la renuncia de

los sistemas, ahuecándose en el pensamiento vital de los verdaderos problemas que le atañen –la existencia, la muerte, el dolor– halla en ese pesimismo una revelación a su decepción. El hombre se separa de su hermano en busca de mitos. Lo mundano de la vida lo vuelve imaginario y se resiste al fuego real del espíritu que contornea en su corazón, lejos de la frialdad del conocimiento.

La sociedad engendra un materialismo que conduce a una hipnosis colectiva donde se agota sin hallarle solución a la auténtica realidad humana: lo ético ante la existencia. En este interregno, la lucidez del ciudadano y la libertad del rebelde se abroquelan contra el peso del hechizo que destila el poder. Al adquirir la conciencia su estado esencial de libertad y rebeldía se desnuda el instinto que yace camuflado en la conducta del ser. La conciencia en esta superación halla la pasión de la lucha por las cosas vitales y un rechazo hacia los consuelos y soluciones fantasiosas.

El poder ha corrompido al hombre aprisionando los instintos como su verdadero fundamento, lo ha llevado a sojuzgar a la razón social, denostar al hombre espiritual, asirse al conocimiento lejos de la lógica existencial, a favor de los barrotes de sistemas materialistas e imaginarios. Al inicio de la conciencia el miedo al otro mataba por instinto. Por precaución. No se sabía de los conocimientos ni ideas que defender. Ahora se mata en nombre del interés. Y esto lleva al combate de los hombres por las tierras, por las mercancías y por los otros hombres, como meros bienes de consumo. Antes, guerra por instinto, hoy por convencimiento.

El miedo atávico no concierne solo al infinito, también al propio hombre, a los que actúan en carácter de símbolos. El hombre ejerce abstracción para superar la realidad. Entre la abstracción y la realidad se yerque el miedo. Y este se canaliza hacia un lugar donde ser soportado. El conocimiento ha sido el ariete del hombre para romper el muro del miedo, pero solo lo traslada un poco más allá. El poder es la consecuencia principal del hombre que no acepta ser un mediocre en la compulsa con que encara la existencia. Necesita de lo trascendente para evitar la influencia del universo. Ante esto el hombre se vuelve más precario aceptando

la trampa que le tendió la naturaleza para sustentarlo sobre la tierra. Si el hombre solo fuese lucidez ya no estaría vigente. Se hubiese replegado a la inconsciencia de la materia. No correría detrás de lo mundano y evitaría aportar a la supervivencia y al eros. ¿Cuál es la fuerza que lo hace descreer de su lucidez si no es el miedo? Al final se abandona a su condena, hincando su perspicacia al Dios natural, el que espera detrás del misterio de la muerte.

Cuando el hombre ya no imagina un proyecto a través de su conciencia, se esclaviza, duda o rebela, en esencia los tres personajes de la obra de Faraone. Esta obra no requiere palabras. No hay necesidad de emitir las. Solo queda asumir o gritar. El poder sabe bien que el libre albedrío se estrella contra un horizonte de suceso implacable: el hambre. Esa geografía que ocupa los espacios del mundo, eligiendo a quién dañar; cercenando la dignidad de satisfacer el más primario de los instintos. “Tú saciarás el hambre a través de mi poder” es la trastienda del cuadro “La ración de comida”, ocultando el rostro que lo emite y que yace externo a ella, no participando de la escena pero ejecutando el acto.

A despecho de los seguidores de Malthus, el hambre no es la consecuencia de la superpoblación. Factores culturales, económicos y políticos se complementan potenciando el problema en una humanidad cuyos poderes y hombres son utilizados para confrontar con otros poderes, otros hombres, y no para saciar el hambre. Es la historia que no deja de transcurrir en detrimento de “las razas marginadas”. Hambre aguda (flagelos climáticos) se agrega al hambre crónica (colonialismo, mercantilismo, saqueo económico) en esos pueblos sometidos a una historia que arrastra un legado interesado y trágico del hombre. La historia no nos enaltece, al decir de Malraux: “Los hombres solo tienen en común el acto de dormir, cuando duermen sin sueños... y el hecho de estar muertos”. El poder sobre los demás tiene la usurpación del conocimiento, la arrogancia como posición, la marginación en su resultado. En “La ración de comida” María Faraone desnuda esta síntesis dramática de entender la existencia que tiene el hombre.

Jorge C. Trainini